—Ansina me cuadra, meistrita, véngase pa la silla, repuso Ramos. Y echándose á las ancas del moro, dejó libre la montura.

IV

En aquellos momentos entró por la puerta de la iglesia don Roque Guerrero, hombre de pelo en pecho, presidente municipal, y por tanto, suprema autoridad de Zaulán. Venía acompañado de cuatro hombres pertenecientes á la ronda, los cuales portaban enormes fusiles del tiempo de la Independencia. Y juntamente con ellos penetró por el templo un buen golpe de gente.

Al enterarse don Roque de lo que pasaba, detúvose unos instantes para deliberar, y dijo rápidamente á sus subordinados:

—Si no me obedece, hacen ustedes puntería, y le pegan en la chapa del alma.

Pero antes de que llegara el "auxilio" hasta el sitio donde continuaba el escándalo, se presentó en escena otro personaje.

Era un anciano trémulo, débil, de paso vacilante. Vestía chaqueta y calzoneras de

cuero, llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo y cogía el ancho sombrero de palma, que se había quitado, con la mano siniestra. A merced del desórden y colándose entre la muchedumbre, logró acercarse al jinete; y esforzando la voz cuanto pudo, gritó:

—¡Qué es eso! ¡Patricio, qué es eso!

Ramos, al verle llegar, levantó la espada é iba á descargarla sobre él, cuando lo reconoció.

—¡Mi señor padre!, murmuró con espanto.

—¡Pie á tierra, malcriado!, ordenó el anciano con imperio. ¡Pie á tierra!

—Sí, señor padre, lo que usté ordene, repuso Patricio, calmándose como por encanto y con tono y semblante de niño obediente. Lo que usté guste, señor padre, lo que usté guste.

—¡Pos abajo, al momento!

Obedeció Patricio.

—¡A ver acá la espada!, intimó el viejo.

—Aquí la tiene su mercé. Y Patricio puso el arma en las manos marchitas de su padre.

—¡A ver las riendas del cuaco!

—Aquí están, señor padre.

—A ver tú, dijo el viejo dirigiéndose á uno de los presentes; agarra esas riendas mientras lo ajusticio. Aquí la jizo y aquí la debe de pagar.

Y empuñando la espada, la descargó sobre el mocetón. Y le derribó el sombrero, y le golpeó el cráneo, y le cruzó el rostro sin miramiento ni consideración, con la parte plana del arma.

Entonces presenciaron los circunstantes una escena extraordinaria. Patricio, que por nada se contenía, que no temía nada y que nada respetaba, ni á los ministros del altar, ni la casa misma de Dios, cayó de rodillas humildemente para recibir aquel aguacero de golpes.

—Su mercé manda, decía, y puede hacerme lo que quera.

Y le besó los pies repetidas veces. Y continuó en aquella actitud reverente hasta que hubo terminado el vapuleo.

Cuando el viejo hubo saciado su cólera, cogió á su hijo por la mano y lo entregó al presidente municipal, diciéndole:

—Yo ya cumplí mi deber; agora falta que la autoridá lo castigue.

Pero don Roque, repuso:

—La autoridad de usted es mejor que la mía. Lléveselo usted y acabe de corregirlo en su casa. Por mi parte quedo satisfecho.

A nadie le pareció mal la alcaldada.

—Es buen hijo, pensaban las gentes.

—Señor, perdónale, sabe honrar á su padre, oraba el cura interiormente.

—Después de todo, no es tan malo como parece, reflexionaba enternecida Serafina..... ni tiene nada de feo.

Don Roque y sus hombres se apartaron con gravedad; lo mismo hizo el gentío.

Y el viejo, trémulo y encorvado, salió del templo llevando por la mano á su terrible hijo sumiso y con los ojos clavados en el suelo.